

TANIA DEL VALLE

*Cicatrices
de tinta*



TANIA DEL VALLE

*Cicatrices
de tinta*



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, febrero 2024
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-21-0
Depósito Legal: CS 952-2023
© del texto, Tania Del Valle
© de la cubierta, Borja Puig
© elementos cubierta, shutterstock
Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para quienes atesoráis cicatrices en vuestro interior,
porque son ellas las que nos recuerdan por qué
estamos vivos.

«La gente dice que son como cicatrices,
pero es mentira. Algunos recuerdos
no dejan de sangrar».

La flor de fuego,
Alba Quintas



PRÓLOGO

La tinta fluye en mis venas,
el esbozo de un sueño enmarca mi piel,
y pronto se convertirá en recuerdo con sabor a eternidad.
Quizá nunca seré quien soy ahora,
pero mis tatuajes conservarán retazos de mi pasado
y siempre vivirá conmigo la incertidumbre
de un futuro de tinta y sangre.

La vida me pide que me tatúe,
que grabe en el alma mis sueños,
que aprenda del amor y de la tristeza,
que luche por los deseos olvidados
y no recuerde la pérdida.
La vida me pide que viva.

The background of the page is decorated with numerous light-colored feathers of various sizes and orientations, some appearing to be in motion as if falling. The feathers are scattered across the entire page, creating a soft, ethereal atmosphere.

CAPÍTULO 1

Esbozos en la piel

La aguja rasgó mi piel y trazó un sendero de tinta negra. Mi espalda, más que estremecerse, pareció vibrar y un ligero dolor se extendió por ella. Me sentí viva de nuevo, como si volviese a tener el control de mi vida y ese dibujo en mi piel lo demostrase. Era mi diseño y la primera vez que cometía una locura semejante. Lo imaginaba con claridad tras mis párpados cerrados: un diente de león con un caparazón de caracol en su centro y del que huía un ave fénix con las alas extendidas. Lo efímero, el miedo y el vuelo. Era la proyección de un yo que deseaba ser pronto.

La presión viajó desde mi hombro derecho hasta mi nuca, donde el ave terminaría su vuelo. Cuando las vibraciones se apagaron, abrí un ojo, luego el otro y eché un vistazo a la habitación a través del espejo de mi izquierda, que cubría la mayor parte de la pared. Era una sala de paredes blancas decorada con algunas fotografías de ciudades en blanco y negro, con una camilla en el centro y algunos armarios alejados de la puerta.

Abril, con su cabello negro y largo recogido en un caótico moño, sujeto apenas con un lápiz, continuaba sentada sobre un taburete negro y limpiaba su obra con alcohol y una gasa. Por sus brazos se extendía un reguero de tinta negra con diseños tribales. Sus ojos castaños me lanzaron una única advertencia a través del espejo para que no me moviese aún. No pude evitar fingir una mueca de fastidio.

—Estoy cansada de estar en esta postura.

—Venga, deja de quejarte. Dentro de nada podrás admirar mi maravillosa obra. —Esbozó una leve sonrisa en su rostro al volver a centrarse en mi espalda.

La tatuadora era mi mejor amiga. Nos conocimos jugando en la calle; en ese momento ella tenía doce años y yo, diez. Nuestra amistad comenzó como lo hacen muchas historias: unidas en la tragedia. Mis padres habían muerto hacía poco en un accidente de coche y mi hermano había recibido mi custodia como regalo por su cumpleaños de la mayoría de edad. A Abril solo le quedaba su padre, que vivía de la limosna de sus abuelos, se emborrachaba durante el día y la golpeaba por las noches. Nunca llegó a confesarme que él la pegaba, pero era evidente. Tampoco he sabido si el maltrato era físico o también sexual. Nunca quise preguntarle porque a mí no me gustaba que lo hicieran. Prefería mantener mis relatos familiares tras el recibidor.

—¿Quieres verlo antes de que lo tape?

—Sí. —Me puse en pie y me acerqué al espejo.

Mi melena, rubia y ondulada, me rozaba los hombros y entre algunos mechones se escondía una pluma naranja que colgaba de una de mis orejas. Me giré para poder ver el tatuaje y mis ojos grises se deslizaron por mi espalda. Era perfecto, incluso mejor de lo que yo había imaginado.

—Espero que con este tatuaje cambie, al menos un poco, tu perspectiva de la vida —me dijo Abril.

—Yo también lo espero. —Le di un fuerte abrazo antes de volver a sentarme en la camilla—. Eres una artista.

—Tú también, Leyre.

Cada vez me lo decía con más frecuencia para que me lo creyese. La última vez fue la tarde que me atreví a mostrarle ese diseño. A veces solía pasar horas dibujando en su casa, pero era rara la ocasión en la que le dejaba tener mi cuaderno entre sus manos. Aún me avergonzaba prestar una parte tan íntima de mí.

Esa tarde, Abril se quedó observando en silencio durante varios minutos la hoja donde había dibujado el diente de león y, cuando levantó sus ojos hacia mí, solo dijo esas tres palabras: «Eres una artista». Después de eso, le confesé que ese era mi dibujo favorito a pesar de lo simple que me parecía, y ella me convenció para que me lo tatuase en la piel. Era un primer paso hacia un futuro que esperaba teñir de presente.

Cuando le presté de nuevo atención a mi mejor amiga, ella estaba finalizando su monólogo sobre mis dotes artísticas:

—... Por eso, le he enseñado tu cuaderno a Manu.

—¿Que le has dado qué al dueño de la tienda? ¿Por qué?

—Porque creo que es hora de que aproveches un poco tu talento. Y sí, un estudio de tatuajes tal vez no sea el lugar perfecto, pero por algún sitio tendrás que empezar. Habla con él y luego decides.

Cuando quería, era muy buena poniendo en práctica las cosas que estaba aprendiendo en la carrera. Sin duda, iba a ser una excelente psicóloga. Lo pensé durante unos segundos y acepté la propuesta. No perdía nada por escucharle. Necesitaba el dinero, y esa podía ser una buena forma de conseguirlo.

Después de agotar nuestra conversación sobre el tatuaje, Abril lo cubrió y fue a avisar a Manu. A los pocos minutos, ya estaba delante del despacho del dueño de Universal Ink con mi cuaderno azul bajo el brazo. Nunca lo había visto en persona, pero, después de todas las charlas con mi amiga, era como si ya lo conociera.

Cuando se abrió la puerta del despacho de Manu, apareció un hombre alto y algo musculado de unos treinta años. La camiseta de manga corta que llevaba dejaba al descubierto sus brazos tatuados, y estaba segura de que casi todo su cuerpo también lo estaría. Llevaba el cabello rubio casi al rape y sus ojos marrones imponían. No se parecía al tipo malhumorado, seco e indiferente que me había descrito Abril.

—Tú debes de ser Leyre. —Una amplia sonrisa se extendió por su rostro—. Pasa.

Le hice un leve gesto de asentimiento y me acomodé en uno de los sillones que había frente a su mesa. Las paredes estaban decoradas con cientos de fotografías de tatuajes de personas sin rostro. Abril había preferido quedarse fuera esperando.

—Me ha gustado mucho tu *portfolio*. —Manu tomó asiento en el otro sillón que había a mi lado, evitando poner la mesa entre los dos—. ¿No tienes nada mejor que hacer que trabajar en una humilde tienda de tatuajes? Pareces joven, ¿no estás estudiando nada?

Sus preguntas tan directas me sorprendieron, pero opté por ser sincera.

—No, no estoy estudiando nada. —Preferí empezar por su segunda pregunta—. Sobre lo de trabajar aquí, me parece algo bastante atrayente. Y, bueno, ya trabajo en una cafetería por las mañanas y algunos fines de semana.

—Voy a serte sincero. Después de ver lo que me ha enseñado Abril, creo que tienes demasiado potencial para desperdiciarlo sirviendo cafés o... aquí.

—Por ahora no puedo permitirme otra cosa. —Titubeé antes de seguir—: Sin dinero no tendría un techo bajo el que dormir.

Manu sopesó mis últimas palabras con un leve fruncimiento de cejas y, después de hacerme varias preguntas más, se quedó en silencio unos segundos.

—Está bien, tienes el trabajo, aunque será jornada parcial y podemos adaptarlo al horario que tengas en la cafetería. Si quieres, puedes empezar el lunes.

Mascullé un «gracias» sin poder creer aún que, de improviso, estuviese a punto de convertirme en una tatuadora en formación. Después, me contó cómo iban a ser mis primeros días allí: diseñaría bocetos para algunos clientes, me enseñaría a tatuar, practicaría con pieles falsas y, más adelante, si todo iba bien, haría mi primer tatuaje. Además, ayudaría en la recepción cuando hiciese falta. Una vez que me hubo explicado mi horario inicial, ya que los turnos irían variando, y el salario que me pagaría, me levanté para irme.

—Espera. ¿Puedo hacerle una foto a tu tatuaje? —Su voz me detuvo antes de llegar a la puerta—. Quiero ponerla en la pared.

Su petición me pilló desprevenida y solo pude murmurar dos palabras de conformidad.

12 de enero de 2023

Querida Leyre:

A veces necesitamos meses para marcharnos. minutos para decidir y segundos para perdernos. A veces, la vida necesita un solo instante para dejar de ser la misma. La mía cambió el día en que tu mirada gris se cruzó con la mía. Tal vez sea un cobarde por confesártelo en tinta y papel, pero es la única forma en la que me atrevo a hablarte ahora. No importa si decides romper esta carta o guardarla en un cajón: para mí es suficiente con saber que va dirigida a ti. Espero dejar de ser pronto un recuerdo.

Con cariño.
simplemente yo

The background of the page is decorated with several soft, grey feathers of various sizes and orientations, appearing to fall or drift across the white space. The feathers are most concentrated around the title and subtitle, creating a light, ethereal atmosphere.

CAPÍTULO 2

Un café con leche

En las cafeterías, a veces, se respiraba un ritmo frenético que te inundaba de vida; y, en otras ocasiones, el aire se llenaba de una tranquilidad seductora. Hoy tocaba la segunda opción. La música de *jazz* flotaba entre las paredes amarillas cubiertas por algunos bocetos a lápiz, las mesas de madera oscura, los sofás de retazos de colores y las estanterías repletas de libros. En la planta de arriba, había unos pocos clientes sentados en cojines y mesas bajas.

Hacía tiempo que la gente trabajadora se había marchado a ocupar de nuevo sus puestos, por lo que ya no tenía mucho que hacer. Después de limpiar las mesas y servir a los pocos clientes que habían decidido tomarse un descanso a media mañana, dejé mi cuaderno sobre la barra y me entretuve un rato dibujando a una pareja mayor que tomaba café con los ojos brillantes junto a uno de los ventanales.

—Creo que te falta marcar más la barba del hombre, pero no está nada mal tu dibujo. —Un carraspeo precedió a esa voz grave e insolente.

Al levantar la vista, mis ojos se encontraron con un rostro de rasgos cincelados y barba incipiente. Sus ojos oscuros y profundos quedaban enmarcados por unas gafas de pasta negra. Tenía el pelo corto desordenado y algunos mechones le ocultaban la frente. Su cuerpo era delgado y fibroso, y parecía alto. Una de sus comisuras se había alzado en un amago de sonrisa.

—Pues yo creo que no deberías meter las narices en cuadernos que no son tuyos.

—Yo creo que... —Se detuvo a mitad de la frase y amplió su sonrisa hasta que dejó ver unos pequeños hoyuelos en sus mejillas—. Ya somos mayorcitos para seguir con este juego. Yo soy Álvaro y querría tomar un café con leche.

No pude evitar contagiarme un poco de su sonrisa antes de responder:

—Leyre.

—Encantado, Leyre.

Álvaro extendió su mano hacia mí, y dudé unos segundos antes de aceptarla. Me fijé en sus vaqueros desgastados y en esa camiseta blanca que se ajustaba a la perfección a su cuerpo. Después de eso, se acomodó en uno de los taburetes y sacó de su mochila algunas carpetas y libros. Murmuró un «gracias» cuando le serví su bebida y se centró en los apuntes que esparció por la barra. De vez en cuando le lanzaba alguna mirada mientras preparaba algún café o limpiaba la máquina de zumos. Al cabo de un rato, clavó sus ojos negros en mí justo cuando volvía de recoger la mesa de la pareja de ancianos.

—Te has quedado sin modelo para tus dibujos —me dijo con una media sonrisa.

—Tranquilo, ya encontraré a alguien o algo que dibujar.

—No quiero sonar pretencioso, pero te doy mi consentimiento para que me utilices.

—Es una oferta muy... tentadora. —Fingí que lo sopesaba antes de continuar—: La tendré en cuenta.

—Me alegra que lo hagas.

Me fijé de nuevo en esos hoyuelos que se le marcaban al sonreír.

—¿Qué estás estudiando? —La pregunta salió de mi boca antes de pensarla siquiera.

—Estoy redactando mi trabajo de fin de carrera. Es un estudio sobre el panda rojo.

—¿Un panda rojo? Creo que nunca he visto uno —admití.

—Espera, tengo alguna foto por aquí... —Rebuscó entre las hojas que había esparcido sobre la barra.

Me enseñó la fotografía de un animalillo de piel rojiza, cabeza redondeada, orejas puntiagudas, ojillos oscuros, nariz negra y una cola larga y peluda. Daban ganas de achucharlo y no soltarlo hasta que te mostrase sus garras.

—Parece adorable.

—Lo es, aunque es un animal muy solitario y un pelín asustadizo. Es una pena que estén en peligro de extinción.

Entonces me contó que era estudiante de Veterinaria y me habló de algunas peculiaridades, comportamientos y relatos de la cultura popular relacionados con el panda rojo.

En ocasiones, nuestra conversación se interrumpía cuando debía atender alguna mesa o coger el teléfono. Esa mañana me había quedado prácticamente sola, ya que la encargada tenía el día libre, Oliver no trabajaba por las mañanas y Gabriela se había ido a una tutoría de clase. Solo quedaba Hugo en la cocina, pero estaba demasiado ocupado con sus creaciones de bollería y pastelería para salir de su madriguera.

—Y, además de camarera y dibujante, ¿qué otros talentos escondes bajo ese delantal azul?

Ya habíamos agotado los temas sobre el panda rojo.

—Ninguno. Soy solo yo. —Abrí los brazos y me señalé a mí misma.

—No me lo creo. Una chica con una pluma amarilla en una de sus orejas no puede ser tan simple. —Levantó su mano izquierda e hizo amago de acercarla al lado derecho de mi cara, pero la retiró antes de rozar mi pendiente.

Llevé mis dedos de forma instintiva hacia la pluma que colgaba entre mi cabello suelto. Nadie lo sabía, pero yo le había adjudicado a cada color un sentimiento, una sensación o un pensamiento. El rojo no simbolizaba el amor, sino la furia y la ira. El azul me transmitía paz y tranquilidad, mientras que el morado lo relacionaba con la soledad y el miedo. La gama del negro, el gris y el blanco

representaba el dolor, la tristeza y la necesidad de no pensar, respectivamente. El rosa lo reservaba para aquellos días en los que quería que me sorprendiesen, el naranja para el entusiasmo y la creatividad, el verde para la alegría y el amarillo para la preocupación y la frustración. Esa mañana me había despertado con una nube de pensamientos amenazando tormenta en mi mente y no había encontrado un motivo que lo justificase. Aún no sabía que lo encontraría pronto.

—Tal vez sea tan simple como un bollo de azúcar, o puede que sea una tarta de chocolate con muchas capas, pero si no me quito el envoltorio nunca lo sabrás.

—O si te lo arrebatan sin darte cuenta. —Hizo una pausa—. Aunque yo prefiero los cruasanes con sorpresa dentro, ¿me pones uno?

Álvaro señaló con un gesto el mostrador de pasteles que había a un lado de la barra y me di cuenta de que lo del cruasán lo decía en serio. Me había desconcertado otra vez. Le serví en un plato lo que me había pedido y me escabullí a la cocina. Allí estaba Hugo, de espaldas, concentrado en una masa de harina y vigilando una bandeja de cruasanes que se calentaban en el horno. Era uno de esos jóvenes que habían conseguido dedicarse a su verdadera pasión antes de cumplir los treinta. Carraspeé para que advirtiese mi presencia y se girase. Cuando lo hizo, me quedé observando su rostro manchado de harina, al igual que sus manos y el delantal, que ocultaba un chándal informal. Intentó peinarse algunos mechones de su cabello pelirrojo, pero terminaron espolvoreados de blanco.

—¿Ya te has aburrido de charlar con ese chaval de hoyuelos irresistibles? —Me guiñó un ojo mientras hacía la pregunta.

—No tiene hoyuelos irresistibles. —Le lancé un puñado de harina y me alejé de él para evitar un posible contraataque.

—Sí que los tiene. No se lo niegues a papi, que te ha visto babeando con estos ojitos. —Se señaló los ojos verdes con una mano al tiempo que agarraba un montón de harina con la otra.

Hugo siempre parecía inmerso en su propio mundo, pero luego te sorprendía conociendo los detalles más nimios del tuyo. A pesar de haberse pasado toda la mañana entre paredes naranjas y utensilios de cocina, había tenido tiempo de espiarme a través de esa pequeña cortina con flores que comunicaba las dos salas.

—¿No estabas muy ocupado con tus bollos?

—Son demasiado aburridos, no me dan ninguna conversación.

Sabía que me estaba pidiendo que le contara qué había hablado con el chico de hoyuelos irresistibles, pero fingí no entender lo que quería decirme. Sin embargo, cuando le sugerí que me desvelase cuál era el dulce estrella del día, me lanzó la harina que escondía en su puño cerrado. Cerré los ojos unos segundos antes de que el proyectil impactara contra mi cara. Al abrirlos de nuevo, me encontré con el rostro desencajado por la risa de Hugo, que me señalaba con su mano blanca.

—Pareces el Joker, pero sin que te hayas rajado tu propia cara.

Evité responderle y, en su lugar, me acerqué a la mesa para agarrar un puñado de harina y se lo lancé. Después de una batalla entre risas y harina que duró apenas unos minutos y en la que ambos acabamos manchados de harina, me marché al baño para intentar arreglarme un poco. Menos mal que solía guardar ropa de repuesto en la taquilla y que hoy no estaba Iris, la encargada, porque nos habría caído una buena bronca por «jugar con la comida», y no sería la primera vez.

Cuando regresé de lavarme un poco y de cambiarme, el cocinero pelirrojo me recibió con un gesto serio inusual en él. Las palabras que salieron de sus labios borraron cualquier rastro de alegría:

—Ha llamado tu hermano al teléfono de la cafetería. Ha dicho algo de que no entendía por qué no le cogías el móvil y que quiere que vayas a casa ya. Más o menos, esas han sido sus palabras. —Abrió la boca para decir algo más, pero le corté con un gesto de la mano.

Recuperé mi móvil del bolsillo del delantal manchado de harina y comprobé que sí era verdad lo de las llamadas perdidas.

No habían sido pocas. Dudé antes de tomar la decisión. ¿Y si, por ejemplo, se había roto alguna tubería?

—Gracias por cogerlo. —Comprobé la hora antes de guardar el móvil en el bolsillo trasero del pantalón—. Quedan solo diez minutos para el cierre. ¿Podrías encargarte tú?

—No deberías hacerle caso cada vez que te llame. Pero sí, yo me ocupo, no te preocupes.

Me quité el delantal, recogí mi bolso del perchero y me acerqué para darle un abrazo.

—Lo sé.

Después de esas dos únicas palabras, salí por la puerta trasera, donde me recibieron unas nubes amenazadoras y grises.

El viento auguraba tormenta.

CAPÍTULO 3

Viernes

—¿Tanto tarda ese estúpido metro en traerte a casa?

No había traspasado ni el umbral de la puerta y Asier ya se había lanzado contra mí para atacarme. Cualquier excusa le servía para discutir y, si yo era su blanco, mejor aún.

—No ha sido solo un tren; he tenido que hacer transbordo para llegar, y salir antes del trabajo. —Tomé aire antes de continuar. Esperaba que me llamase por algo importante o iba a enfadarme mucho, más de lo que ya estaba—. ¿Para qué me has hecho venir antes?

—Tengo una buena y una mala noticia que darte. —Hizo una pausa falsamente dramática y esbozó una mueca extraña—. Espera, creo que las dos son malas para ti y puede que buenas para mí. Hay que saber mirar las cosas a través de un cristal bonito, ¿no crees?

—Deja de irte por las ramas y escúpelo ya.

—Me han echado del trabajo, recorte de personal o algo así.

—Algo así... —repetí, asimilando lo que acababa de decir.

—¿Ahora tenemos un loro en la familia? ¿O es que eres incapaz de entender algo tan simple?

—No, lo que no entiendo es cómo te han echado otra vez del trabajo. —Intenté no alzar la voz, pero fue en vano—. ¿Y para rematar el día querías que me echasen a mí también? ¿Por qué me haces siempre lo mismo?

—Eso no es asunto tuyo. Y no, no quiero que te echen —atajó con rapidez, en un tono amenazante.

No era la primera vez que lo despedían de un empleo, ni tampoco sería la última. Muchos de los trabajos solo le duraban unos pocos meses o incluso días. Eso solo había ocurrido una vez y, rescatando retazos de las conversaciones de sus amigos en casa, supe que el motivo se debía a «conducta agresiva». No le habían denunciado a cambio de que se marchara sin pedir ninguna remuneración. Este último trabajo consistía en repartir *pizza* por el barrio con la moto. ¿Cómo le podían haber echado de un trabajo así? ¿Acaso no las entregaba? Sí, ahí debía de estar el problema.

—¿Cuál es la otra noticia? —Evité volver a mencionar su reciente despido y terminar estallando.

—¡Felicidades, hermanita! Ahora te toca a ti mantenernos a los dos —respondió con voz cínica.

Asier alzó una lata de cerveza hacia mí y se dejó caer en nuestro maltrecho sofá gris. Mi vida se asemejaba un poco a ese sofá lleno de bultos, de problemas que era incapaz de resolver por mí misma. Dejé vagar mi mirada por la habitación mientras asimilaba la noticia. Ya no quedaban cuadros en las paredes, los habíamos vendido todos. En su lugar había un póster de uno de esos países que solo se imaginaban en la distancia y nunca se tornaban reales: Islandia. Algún día daría la vuelta a esa isla en un coche alquilado, sentiría la magia de cada rincón y dibujaría con mi lápiz cada paisaje. Algún día.

Además del sofá, los sillones y la televisión, el mobiliario era escaso: en una esquina, había una mesa con unas pocas sillas; y, en la otra, una estantería con algunos libros, álbumes y fotografías antiguas. Las paredes necesitaban otra capa de pintura, ya que el color amarillo desvaído se desconchaba en algunas partes. A la izquierda del salón, estaba la cocina; y, a la derecha, quedaba un pequeño pasillo en el que estaban nuestras dos habitaciones, un trastero y un baño. Este no era nuestro hogar y ambos lo sabíamos.

Cuando nuestros padres murieron en un accidente de coche, Asier se encontró con una hipoteca que no podía pagar y el banco

nos obligó a mudarnos. El único apartamento que mi hermano podía permitirse estaba en un barrio marginal en el que no debías salir a la calle a partir de las ocho de la tarde. Eso fue lo primero que aprendí de mi hermano mayor. Antes corría aterrorizada a casa cuando el reloj marcaba esa hora para refugiarme en sus brazos; ahora había aprendido a defenderme sola.

Detuve mi mirada en Asier. Estaba más delgado; su cabello castaño oscuro necesitaba un corte de manera urgente, al igual que su barba; sus ojos azul profundo habían perdido vivacidad. Yo ignoraba que evitaba mirarse en el espejo cada vez que iba al baño para no acordarse de nuestra madre. Asier había heredado los ojos de ella.

En nuestras primeras noches de orfandad, él me decía que estábamos mejor solos, que crearíamos juntos un mundo maravilloso y que él nunca me dejaría. Con la mudanza, la falta de dinero y la sucesión de empleos, se volvió arisco y huidizo. Sin embargo, nunca llegó a ponerme una mano encima. En sus ataques de rabia golpeaba las puertas o los maltrechos sillones.

Fue en el nuevo barrio donde conocí a Abril, esa niña con nombre de primavera que vivía en un eterno invierno. Un día, siendo aún muy niñas, me confesó que la nieve dejó de caer en su vida cuando nos hicimos amigas. Parecía un cuento infantil, pero pronto comprendí que no lo era. Las penas compartidas no son menores, pero sí más fáciles de soportar. Abril se liberó de su carga hacía ya dos años. Al cumplir los dieciocho se mudó a un piso con Oliver y Lucas. Y, un año después, se uniría su prima Gabriela. Gracias a Oliver, Gabriela y yo habíamos conseguido trabajo en el Café Amelie. Acababan de reformar el local y necesitaban aumentar el personal.

Hacía unos meses que había terminado Bachillerato y había dado por finalizados mis estudios. No podíamos permitirnos pagar una carrera en la universidad y tampoco era justo que fuese yo quien tuviera esa oportunidad. Sin embargo, en el fondo del armario escondía una hucha en la que iba guardando algunas monedas

y billetes arrugados que escapaban de las manos de mi hermano. Algún día tal vez pudiese estudiar Bellas Artes. Solo tenía que ahorrar lo suficiente para conseguirlo.

—Y ¿qué piensas hacer ahora? —retomé nuestra conversación.

—Dejar que me mantengas —dijo muy serio.

—No puedes estar hablando en serio. —Mi voz se elevó un tono.

—Pruébame.

Ya habíamos jugado antes a ese juego y él ganaba siempre, por lo que ignore su mirada desafiante. Sin embargo, antes de que pudiese meditar cualquier respuesta, sonó el timbre. Asier se levantó de un salto y abrió la puerta sin comprobar antes quién era por la mirilla. Sus amigos traspasaron el umbral haciendo ruido y cargados de cervezas y bolsas de comida. Ni siquiera me dedicaron una de sus miradas. Para ellos era prácticamente invisible y yo lo prefería así.

Intercepté a Asier en la cocina, guardando las bebidas en la nevera junto a Robert, quien lucía un lagarto en un lado de su cabeza. Era con quien pasaba la mayor parte de su tiempo.

—¿Vas a celebrar una fiesta aquí hoy y ni me lo dices? —le espeté con una mueca enfadada.

—Sí, es viernes. ¿Qué pasa? —Asier evitó mirarme a los ojos.

—No hemos comido todavía.

—Tú puedes cocinar lo que quieras, aunque te aconsejo que esta noche no te quedes por aquí. Sal y diviértete.

Robert le ofreció un cigarrillo de liar y mi hermano lo aceptó. Antes de que diese la primera calada, yo ya había desaparecido en mi habitación. Guardé algo de ropa en una bolsa de deporte y salí de casa con un portazo. No me molesté en coger el paraguas, aunque intuía que ya estaba lloviendo. Sabía adónde debía acudir para fingir que mi vida no era un desastre al borde de un precipicio.

CAPÍTULO 4

Diez chupitos y un baile

Subí los peldaños de dos en dos y crucé la puerta, que ya me esperaba abierta. Colgué mi chaqueta empapada en el perchero de la entrada, luego fui directa al sofá y me dejé caer junto a Abril, que me dirigió una mirada de soslayo y volvió a centrarse en la serie de televisión que estaba viendo.

—¿Fiesta en casa? —preguntó con un deje de reproche, y yo dudé en mi respuesta.

—Le han despedido otra vez y quiere descansar unas semanas. —Ignoré el tono de su voz.

—No me lo puedo creer. ¿Te ha dicho eso con esas palabras? —Oliver introdujo la cabeza desde la terraza del salón e hizo un gesto de saludo.

—No, estaba enfadado y me ha gritado que ahora me toca mantenerlo a él —admití desviando la vista.

—Ese gilipollas no puede estar hablando en serio, ¿quieres que hable con él? —Oliver entró a la habitación y se acomodó en uno de los sillones, colocando sus largas piernas sobre uno de los reposabrazos. Parecía albino con ese cabello rubio, prácticamente blanco, y esos ojos verdes huidizos. Abril levantó una mano en señal de apoyo y él se apresuró a corregir su propuesta—: ¿Hablemos?

—No es necesario, chicos. Gracias, supongo que se le pasará pronto.

—¿Y si...? —comenzó a decir mi amiga.

—He venido aquí a distraerme, no a que arrojéis piedras sobre mi vida —la interrumpí abruptamente—. Perdón, siento ser tan cortante.

Abril y Oliver compartieron una mirada, antes de que mi amiga abriese sus labios rojos para contestar:

—Cariño, lo sabemos, pero nos preocupamos y queremos lo mejor para ti.

—Y estoy en ello, solo necesito tiempo.

Después de ese último comentario, Abril escogió un nuevo tema de conversación y acabó convenciéndonos para que bajásemos a comprar algo para cenar y una botella de Jägermeister para beber unos chupitos.

Cuando llegaron Lucas y Gabriela al piso, la cena ya estaba en el horno y yo terminaba de poner la mesa baja del salón con platos desechables y vasos de plástico.

—¿Por qué nadie nos ha avisado de que esta noche salimos de fiesta? —preguntó Lucas, que a veces enseñaba su *piercing* en la lengua al hablar—. Habría pasado de ir a recoger a esta pelirroja.

Gabriela se dio por aludida y propinó un coscorrón cariñoso a Lucas en la cabeza, antes de acercarse a mí y darme un fuerte abrazo. Ella tenía un precioso cabello rojizo que caía en ondas hasta la mitad de su espalda. Los astros parecían haberse alineado creando una situación excepcional para que dos pelirrojos trabajasen en la misma cafetería.

—Por una vez estoy con Lucas. Nos merecemos salir una noche a soltarnos el pelo, celebrar el nuevo trabajo de Leyre y cometer alguna locura. Y tú, Oliver, no vas a escaquearte esta vez.

Todos, menos Oliver, que se encogió de hombros como si aceptara lo inevitable, asintieron con la cabeza. Una vez que la cena estuvo lista, nos sentamos sobre cojines alrededor de la mesa que había junto al sofá. La había construido Oliver en el taller de su padre, en el que trabajaba a jornada parcial algunos días de la semana. Estaba en tercero de Arquitectura y le gustaba diseñar sus propias construcciones. Por ahora lo hacía a pequeña escala, pero

estaba seguro de que pronto sus planos serían de edificaciones mucho más importantes.

Después de comentar las anécdotas de nuestro día y de acabar con todos los trozos de *pizza*, limpiamos un poco la mesa y la cocina. Cuando todo estuvo recogido, los chicos fueron a cambiarse a sus habitaciones.

—¿Qué vas a ponerte, Leyre? —preguntó Gabriela, apoyada en la encimera de la cocina.

Me encogí de hombros, indecisa, pues no había traído nada para salir de noche en mi bolsa de deporte.

Sin darme tiempo a objetar nada, la pelirroja puso sus brazos detrás de mi espalda y me escoltó hasta su habitación. Abril nos acompañó con una sonrisa en sus permanentes labios rojos.

—¿Vamos a salir por ahí de verdad? No sé si me apetece ir de fiesta —reconocí con cierta vergüenza.

—Por eso, precisamente, vamos a salir esta noche por ahí a divertirnos sin pensar en nada. ¿No crees que es hora de que enseñes ese tatuaje que te hizo esa tatuadora tan increíble? —intervino mi mejor amiga.

—Está bien —acepté con una tímida sonrisa—. ¿Qué me pongo?

—Tengo algo perfecto para ti. —Gabriela cruzó una mirada cómplice con su prima y rebuscó en su armario hasta rescatar una prenda minúscula de uno de los cajones—. Pruébatelo.

Me enseñó un vestido azul al que parecía que le habían espolvoreado un bote de purpurina. Dos finas tiras se ataban al cuello y dejaban la espalda completamente al aire hasta casi la cintura, donde la falda se abría en un bonito vuelo. Era precioso y muy atrevido.

Me quité la ropa, me pasé la prenda por la cabeza y la deslicé por mi cuerpo hasta colocarla bien.

—Espera, no te mires aún —me indicó Gabriela—. Ponte primero esto y luego siéntate en la cama. Vamos a maquillarte un poco.

Unos tacones amarillos aparecieron ante mis ojos y me los calcé, temiendo caerme de bruces cuando hubiese tomado una copa

o dos. Después hice lo que me pidió y cerré los ojos mientras Abril me maquillaba. Cuando ambas consideraron que ya estaba lista, me permitieron acercarme al espejo. La visión de mi reflejo me dejó impresionada. Sí, estaba guapa con ese vestido azul, los zapatos, el maquillaje y mi melena suelta. Les di un abrazo a las dos y volví a sentarme sobre la cama mientras esperaba a que ellas terminasen de prepararse.

Abril se decidió por un corpiño rojo y una falda negra, y Gabriela revolvió sus cajones hasta escoger un vestido corto morado «palabra de honor» con muchas capas que caían con elegancia cada pocos centímetros. Después de dar varias vueltas delante del espejo, volvimos al salón y Oliver y Lucas nos ofrecieron una lata de cerveza. Nos acomodamos en los sofás y comenzamos a beber entre bromas y risas.

Lucas propuso que jugásemos a algún juego y colocó la botella de Jägermeister en el centro de la mesa junto a cinco vasos de chupito, un vaso de plástico y una moneda de cinco céntimos.

—Hay tres intentos para colar la moneda en el vaso y, si no se consigue, se bebe un chupito. A partir del cuarto trago, podemos elegir entre verdad o chupito. ¿Qué opináis? —propuso Lucas.

Una vez que todos aceptamos las reglas, Abril cogió la moneda y logró introducirla al tercer intento. Al terminar la primera ronda, ya habíamos vaciado tres vasos, entre los que se encontraba el mío. A medida que la noche avanzaba, nuestros errores iban aumentando, mientras que el contenido de la botella disminuía. Al quinto chupito, Gabriela nos contó que una vez se había tirado a un tío en la cocina de la cafetería, pero que se había prometido no volver a hacerlo. En ese momento el brillo de los ojos de Lucas disminuyó un poco, pero bebió un largo trago de su cerveza y se recompuso.

Yo me fui achismando más y hubiera perdido la cuenta de los chupitos de no ser por Abril, que me vitoreaba cada vez que me tocaba coger uno de la mesa. Cuando bebí el octavo chupito y el reloj dio las dos de la mañana, decidí que era hora de irnos y me puse

en pie tambaleándome sobre mis tacones. Los demás también se unieron a mí con cierta torpeza. Cogimos las chaquetas y bajamos las escaleras entre susurros y risas mal disimuladas.

Una vez en la discoteca, brindamos con un nuevo chupito, el noveno de la noche, y nos pusimos a bailar en un círculo. En noches como aquella, no llevábamos la cuenta del alcohol que ingeríamos por nuestras gargantas. Lucas sujetó a Gabriela por la cintura y continuaron bailando en pareja. Poco a poco se fueron alejando de nosotros hasta que los perdimos de vista.

En un momento de la noche, Abril cogió a Oliver de la mano para darle la vuelta y yo cerré los ojos para disfrutar de la música a solas. Notaba el cuerpo ingrátido por la cantidad de alcohol que corría por mis venas. Después de sentir una mano en mi espalda en varias ocasiones, me volví y me encontré con un rostro a escasos centímetros de mi cara. A pesar de la escasa luz, pude apreciar una cabellera rubia y unos ojos verdes hipnóticos.

—¿Me concedes un baile? —me pidió con una sonrisa traviesa.

Asentí con la cabeza y apoyé mis manos en sus antebrazos. Conforme la música avanzaba, mi cuerpo se pegaba más al suyo hasta acoplarse por completo.

—Soy Nico, ¿cómo se llama la rubia del vestido azul? —susurró en mi oído con su aliento exhalando alcohol.

—Leyre. —Mi voz sonó pastosa y demasiado aguda por el ruido.

Giró mi cuerpo hasta apoyar mi espalda contra su pecho, me separó unos instantes y recorrió con sus manos el diseño de mi tatuaje. Sus manos descendieron hasta mi cintura y volvió a pegarme junto a él. Un escalofrío me recorrió desde donde me había tocado hasta las puntas de los pies.

—Llevo observándote un buen rato desde la esquina del fondo sin atreverme a acercarme, pero he visto el tatuaje y he sentido la obligación de conocerte —me confesó con una voz grave y sugerente.

Me di la vuelta para mirarle a los ojos, advertí que sus palabras eran sinceras y que un leve rubor se había instalado en sus

mejillas. El verde de su mirada reflejaba cierta inocencia. Fue entonces cuando me di cuenta de que no iba tan borracho como yo había pensado en un primer momento.

—Te invito a un chupito —le propuse con una sonrisa—. Tengo que llegar al décimo.

Él asintió, contagiándose de mi sonrisa. En el camino hacia la barra me apretó con fuerza la mano y, mientras hablaba con el camarero, me sujetó de forma suave por la cintura. Le pasé uno de los chupitos y lo alcé hacia él. Cuando iba a proponer un brindis, Nico se me adelantó y volvió a acercarse a mi oreja.

—Por haberte conocido y porque esta no sea nuestra última noche —dijo antes de brindar conmigo y beberse de un trago el interior del vaso.

Después del décimo chupito, el interruptor de mi cerebro se apagó y mis sentidos se entumecieron por completo. Me aferré a esos ojos verdes para evitar caer de mis tacones y me hundí en ellos hasta tocar fondo en sus labios. Eran cálidos y suaves. El primer beso fue lento y, con el siguiente, profundizó aún más en mi boca hasta que su lengua rozó la mía e iniciaron un baile sensual. En ocasiones, sus labios descendían por mi cuello en una dulce agonía.

A los pocos minutos, sus manos ya se habían introducido por debajo de mi vestido y yo me encontraba atrapada contra una pared. Su cuerpo excitado se presionaba contra el mío, que iba despertando de su letargo. Mis manos descendieron por encima de su camiseta, mientras acariciaba sus abdominales, hasta agarrarse a la cinturilla de sus vaqueros.

—¿Quieres salir a tomar el aire? —me preguntó mientras jugaba con su lengua en mi cuello.

Se alejó unos segundos para suplicarme con la mirada y yo naufragué en el esmeralda de sus ojos.